El Diario
CULTURA Y SOCIEDAD

Los 'esclavos' de Franco que trabajaron en la reconstrucción de Teruel salen del olvido

El libro de Los Fueros y Espacio Municipalista abren el camino para que aflore una historia silenciada

La ciudad acogió a cientos de personas tras la guerra que fueron sometidas a trabajos forzados

F. J. Millán
Teruel

Labores de desescombro en el centro histórico de Teruel. DARA

Hay hechos que se podrán silenciar durante años, pero al final la historia siempre gana la partida y la memoria se agita inquieta frente al olvido hasta que de forma inesperada hace explosión y salpica a todos con la verdad de nuestro pasado. Es lo que ha ocurrido con los llamados *esclavos* de Franco, personas represaliadas por la dictadura franquista que tras la guerra fueron los encargados de volver a poner en pie las infraestructuras del país y de reconstruir ciudades como Teruel. La publicación el año pasado de un libro sobre el parque de Los Fueros donde se hablaba de ellos y la iniciativa presentada por Espacio Municipalista por Teruel en el último pleno, han sido el detonante que ha sacado a la luz la existencia de estos batallones disciplinarios o destacamentos penales, como prefieren llamarlos algunos historiadores, cuyos integrantes fueron quienes volvieron a poner en pie a costa de sudor, humillaciones, sufrimiento y su salud, una ciudad que quedó en ruinas tras la guerra.

A muchos les era desconocida la existencia de estos batallones de trabajadores penados, mientras que otros la conocían pero guardaban silencio como tantas veces ha ocurrido con las cosas de la guerra civil, donde el debate político tiende a desplazar al histórico, que es el que se abre paso ahora cuando ya no son los represaliados sino sus descendientes los que agitan la memoria con el único interés de que se sepa lo que pasó y que entre a formar parte de la historia sin ninguna otra intención.

El primer paso en esta recuperación lo dieron el año pasado los autores del libro *Itinerarios de naturaleza. Teruel. El parque de Los Fueros Ricardo Eced*, editado por la Concejalía de Medio Ambiente del Ayuntamiento de Teruel, del que son autores Beatriz Carrasquer Álvarez, Adrián Ponz Miranda y José Carrasquer Zamora.

En el capítulo dedicado a la historia del parque, la publicación recuerda cómo el espacio donde hoy se encuentra esta zona verde era un barranco que se rellenó con los escombros que llenaban el centro histórico de la ciudad, tarea titánica de la que se encargaron los penados que *esclavizó* el franquismo por no ser adeptos al régimen.

En dicho libro se argumenta que sería "de justicia que el primer homenaje de la construcción del actual parque haya que dárselo a estas personas anónimas, o no tanto, que cargaron los camiones, es decir, quienes realizaron los denominados 'jornales' sin ser su voluntad", es decir, los integrantes de los batallones disciplinarios y de trabajadores penados que reconstruyeron la ciudad.

Hay que tener en cuenta que Regiones Devastadas llegó a plantear la posibilidad de construir otro puente para salvar el barranco que separaba el primer Ensanche del segundo, que es por donde se pretendía que siguiese creciendo la ciudad. Finalmente se resolvió llenándolo de enruna y quienes lo hicieron a base de sudor y dejándose la salud y la vida en ello fueron los integrantes de los batallones disciplinarios.

El testigo no tardó en cogerlo rápidamente el concejal de Espacio Municipalista por Teruel, Zésar Corella, quien elaboró una propuesta fundamentada con un breve informe histórico, para que el Ayuntamiento acordase expresar el "reconocimiento a los hombres que trabajaron forzosamente en la reconstrucción de la ciudad de Teruel", y "erigir un monumento en el parque de Los Fueros a los hombres que sufrieron trabajos forzados".

Conocer la historia

La propuesta fue rechazada en el pleno municipal de enero pero el asunto no ha caído en el olvido sino todo lo contrario, está agitando sentimientos dirigidos a que se sepa más de esa parte de la historia de Teruel que debe conocerse y que uno de los sitios más emblemáticos por su vinculación con los batallones disciplinarios, como es el parque de Los Fueros, se convierta en lugar de la memoria.

Corella asegura que seguirá indagando y moviéndose para ver cómo poder sacar esa iniciativa adelante, y para que esté avalada científicamente, la semana pasada Espacio Municipalista pidió al Instituto de Estudios Turolenses (IET) que abriese una línea de investigación en su seno para conocer la historia del papel desempeñado por estos batallones en la ciudad.

"No hay revanchismo, sino poner el tema sobre la mesa y hacer un reconocimiento a estas personas", afirma Corella, quien considera que hay que "facilitar el conocimiento" a los ciudadanos, de ahí la petición que han hecho al IET, cuestión que se abordará en una próxima reunión.

Desde el inicio de la guerra civil, los golpistas crearon batallones de trabajadores dependientes del Ejército y en 1938 quedaron encuadrados en el denominado Sistema de Redención de Penas por el Trabajo creado por el Ministerio de Justicia y dirigido a quienes habían sido condenados a prisión por los tribunales militares. Otra modalidad eran los batallones de trabajadores integrados por personas desafectas al llamado Movimiento Nacional que ni siquiera habían sido condenados por los tribunales.

La estructura de estos batallones es compleja por su evolución en el tiempo y difícil de resumir, ya que sufrieron cambios a lo lar-

CONOCIMIENTO

El saber no debe preocupar porque mejora la sociedad

El conocimiento no debería preocupar a la gente sino servir como una herramienta para mejorar nuestras sociedades frente a la ignorancia. Es lo que argumentan los historiadores sobre los procesos históricos que como la guerra civil y la dictadura siguen topándose con recelos incomprensibles y debates políticos estériles, que ponen en duda la capacidad de la política para abordar los problemas del presente cuando son incapaces de mirar sin complejos ni prejuicios hacia el pasado. Los batallones disciplinarios de trabajadores se desplegaron por todo el país, y en otros lugares se ha hecho historia de ello y se han publicado libros, pero en cambio en Teruel siguen siendo los grandes olvidados a pesar de haber sido quienes reconstruyeron la ciudad en buena parte. Investigar lo ocurrido será el primer paso para arrojar luz y que el conocimiento prime sobre otras cosas.

Batallón de trabajadores en Teruel. Foro por la Memoria de Guadalajara

go del tiempo y había de distintas clases. De aquellos primeros batallones de *esclavos* aparecidos en la guerra surgieron a partir de 1940 los batallones disciplinarios de soldados trabajadores, que son los que se tiene constancia cierta de que intervinieron en la reconstrucción de Teruel, al margen de que hubiese también de otros destacamentos penales incluso antes, puesto que Javier Rodrigo hace referencia a uno en 1939 en su libro *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*. En esta investigación, Rodrigo indica cómo en abril de ese año se envió a Teruel el batallón 171 para ponerse a las órdenes de Regiones Devastadas.

Hubo otras modalidades de trabajos forzados durante el franquismo que utilizaban a prisioneros como mano de obra cautiva para su castigo, además de para la redención de penas, y que se prolongaron en el tiempo en proyectos megalómanos como la construcción del Valle de los Caídos, pero los batallones disciplinarios de soldados trabajadores permanecieron en activo en toda España hasta 1942 y afectó a los reemplazos de 1936 a 1941. Allí iban, como indica Rodrigo, los que tenían que cumplir con la llamada "mili de Franco", que en palabras del historiador era "el paso obligatorio por filas para poder formar parte de la comunidad española".

La dictadura no reconoció el servicio militar prestado en el ejército republicano, por lo que inmediatamente fueron llamados todos los mozos de esos reemplazos para formar parte de estos batallones disciplinarios de soldados trabajadores. También se incluyó en sus filas a los desertores del ejército nacional y a quienes se habían pasado a la zona republicana aunque no hubiesen combatido con ese bando. Además, fueron enviados a estos batallones los mozos de reemplazo que les tocaba incorporarse a filas después de la guerra, pero que eran considerados desafectos al régimen y que en lugar de ser encuadrados en las unidades regulares militares se les mandó a hacer trabajos forzados.

El historiador Julián Casanova asegura que estos campos de concentración y trabajo eran una "manifestación de violencia de un sistema que era dictatorial, esto está clarísimo y cada uno lo interpretará como quiera, de la misma manera que hay campos de trabajo, de internamiento y concentración en la Unión Soviética".

"Por un lado era una explotación material porque era mano de obra no pagada o infrapagada", añade la historiadora Ángela Cenarro, quien afirma que había también una parte simbólica, "que es la idea de redención que viene del catolicismo".

"El sistema penitenciario franquista está controlado e ideado por católicos, con la idea de que ellos tenían una culpa, de que había un pecado que se tenía que redimir", explica Cenarro, para aclarar seguidamente que en esa forma de proceder también subyace la idea arraigada en la tradición penitenciaria de que "las cárceles son espacios de transformación, y lo que sale de ellas tiene que ser distinto a lo que entra". Pero a diferencia de esa idea humanística heredada del reformismo del siglo XIX, el franquismo impuso su idea de "castigo y de regeneración en clave católica, de crear un ser dócil y sometido al régimen", precisa la historiadora.

Eso hizo que en los batallones disciplinarios se les inoculara el miedo para hacer que se sintieran culpables, primero rebajándolos a la condición de animales, y después sometiéndolos a un esfuerzo inhumano en unas condiciones de insalubridad y hambre que hizo que muchos enfermaran.

Rafael Torres cuenta en el libro *Los esclavos de Franco* que el trabajo removiendo escombros estaba "salpicado de horribles hallazgos: muchos eran los cadáveres sepultados aún entre los cascotes o en las cunetas de las carreteras que reparaban", y en otro pasaje afirma que "las condiciones de vida en estos batallones de trabajo eran extremas: por hambre, malos tratos, agotamiento, frío y enfermedad la tasa de mortalidad, pese a tratarse en su mayor parte de hombres sanos y jóvenes, fue elevadísima".

Los batallones disciplinarios estaban bajo el mando de un comandante y cada uno de ellos estaba compuesto por 600 efectivos divididos en compañías y destacamentos, distribuidos a su vez en destinos próximos, según explica Isaías Lafuente en la obra *Esclavos por la patria*, donde indica que iban ataviados con un uniforme que consistía en un gorro cilíndrico, pantalón caqui y camisa blanca con una letra P en el pecho, donde también iba grabado el número del preso.

"Los batallones disciplinarios no fueron sino una pata más del sistema de explotación laboral de presos y fueron empleados en las mismas tareas que los destacamentos penales o las colonias penitenciarias militarizadas, el germen del sistema que durante años permitió explotar a los presos republicanos en beneficio del nuevo régimen", afirma Lafuente en su obra.

Campos de concentración

El autor de *Esclavos por la patria* aclara que "en el fondo, las diversas denominaciones -destacamentos, colonias, batallones- no fueron más que eufemismos que el régimen utilizó para designar de manera suave lo que en realidad no eran sino campos de concentración, campos de trabajo forzado. En esencia no había ninguna diferencia entre los unos y los otros. Diferente collar. El mismo perro".

Estos *esclavos* se emplearon no solo para reconstruir ciudades y hacer obra pública sino para abastecer de mano de obra a la industria o a la minería como fue el caso de MFU en Utrillas, uno de los múltiples casos ocurridos en España sobre el que el historiador Serafín Aldecoa tiene uno de los escasos trabajos que sobre esta materia se han hecho en la provincia.

Aldecoa asegura que a mediados de marzo de 1940 habían llegado ya a Teruel alrededor de 700 trabajadores de los batallones disciplinarios y que en ese momento se esperaba alcanzar la cifra de mil, según documentación de la época. El lugar acondicionado por ellos mismos como prisión para albergarlos fue el convento de Capuchinos.

El historiador turolense añade que según un informe de agosto de 1940, en ese momento "ya habían vaciado gran cantidad de escombros de la zona de la Glorieta, de lo que era la Comandancia y el Banco Hispanoamericano, además de haber restaurado ya Carmelitas, parte del Instituto de Higiene y parece que la parte de arriba del Ayuntamiento".

Comenta a este respecto que "debían de trabajar de sol a sol, lo que pasa es que no hay un archivo específico" sobre estos batallones, y la documentación que existe es la de Regiones Devastadas, "donde puede deducirse parte de lo que puede ser el destacamento penal que estuvo aquí".

Además del desescombro de la ciudad y el traslado de la enruna para cubrir el barranco del Ensanche, son múltiples los lugares en los que intervinieron, incluido el cementerio, único sitio donde se conserva todavía un vestigio del paso de estos trabajadores forzados por Teruel.

Se trata del banco que hay a la entrada del camposanto, en uno de cuyos laterales se aprecia una inscripción grabada cuando el yeso todavía estaba fresco en la que se indica que fue construido por el 18A Batallón de Trabajadores en octubre de 1940.

Hubo quienes tras pasar por uno de estos batallones en Teruel se quedaron en la ciudad e intentaron rehacer su vida, mientras que otros jamás quisieron volver a pisar el lugar que había sido el infierno para ellos.

Unos y otros estuvieron marcados durante toda la dictadura, señalados y vigilados, y la mayoría compartió el temor a hablar de lo que padecieron y mantuvieron un absoluto silencio incluso con sus familias.

Los historiadores comparten que es necesario reconocer el pasado

Los lugares de la memoria deben servir para educar y arrojar luz

F. J. M.
Teruel

Varios historiadores consultados coinciden en afirmar que es necesario reconocer el pasado, y que los lugares de la memoria deben servir para educar y arrojar luz sobre nuestra historia, sin necesidad de plantear una confrontación de memorias. En este sentido, Julián Casanova opina que la "ignorancia" es lo peor que puede darse en estos casos, y que es necesario que detrás haya un profundo y riguroso trabajo de investigación.

A juicio de Casanova, donde la memoria no se ha destruido hay que explicarla, la de unos y la de otros, y ante todo rechaza resignificarla. "Lo que no puedes hacer a base de golpe político desde el presente es ir cambiando las memorias", aclara.

"Yo creo que Teruel debería tener, igual que la memoria de los vencedores ha sido abrumadora, una memoria de toda aquella gente que sufrió la represión y que se ocultó", argumenta Casanova. Eso sí, precisa que cuando se llevan estas iniciativas a las instituciones, "tiene que haber detrás una investigación que trate de educar a la gente".

En cuanto a la propuesta planteada en el Ayuntamiento de Teruel, el historiador afirma que "es una iniciativa que está en consonancia con muchas otras que se han llevado a cabo desde la democracia para reconocer los pasados autoritarios vengan de donde vengan".

Banco construido en el cementerio por un batallón de trabajadores que conserva una inscripción de su realización

La también historiadora Ángela Cenarro opina que "por supuesto hay que recuperar esa memoria", y que en el caso planteado en Teruel es sencillo porque hay otras cosas que pueden ser más complicadas, "pero el tema de señalizar y explicar lo que fue un batallón disciplinario con presos políticos haciendo obras públicas, eso es muy fácil y no tiene por qué generar ningún tipo de controversia; es una señalización, una visibilización y una recuperación de ese pasado".

Reconocimiento

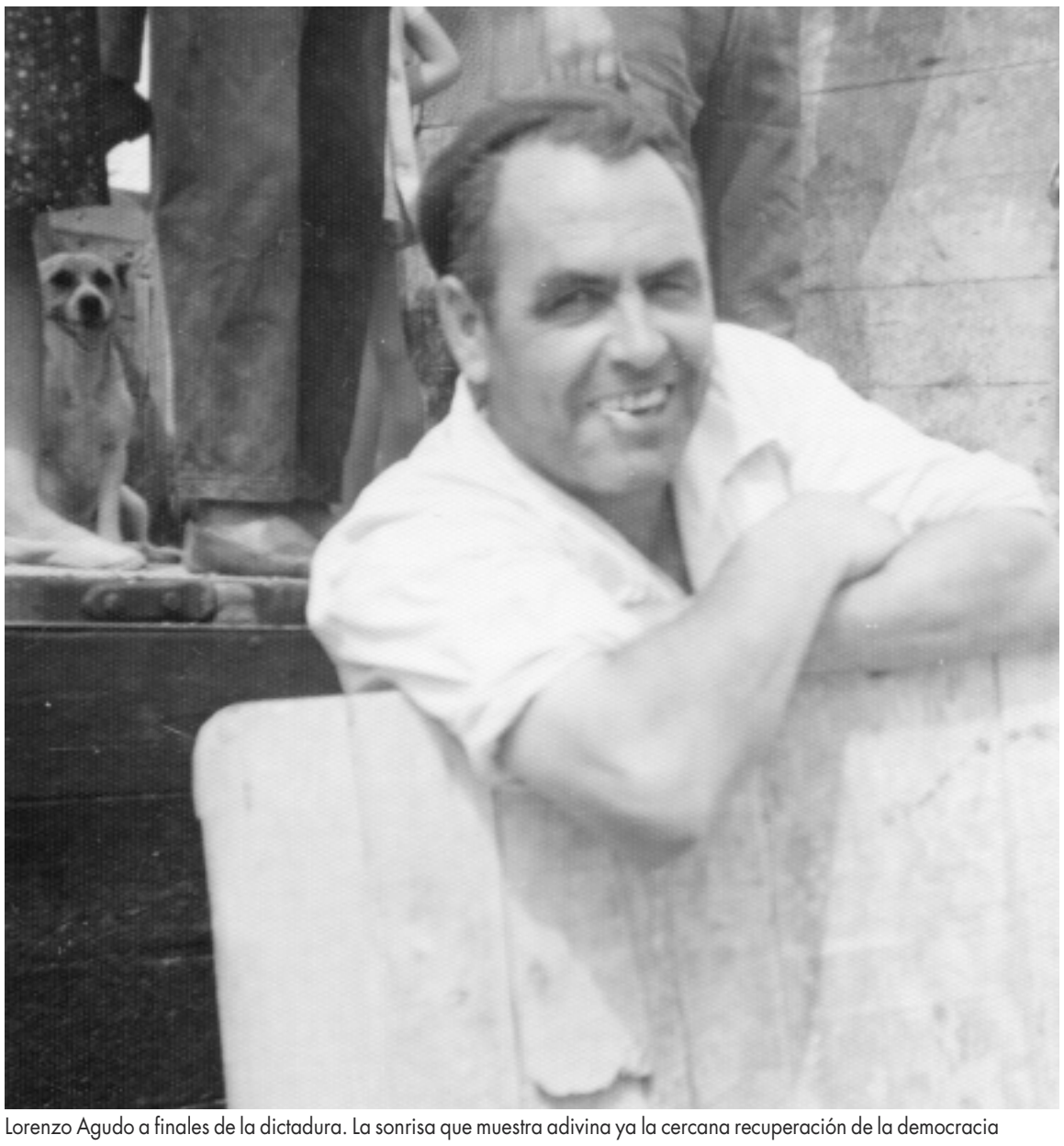
Para Serafín Aldecoa es igualmente necesario hacer ese reconocimiento, por quienes padecieron en estos destacamentos de penados, y para que la gente de hoy conozco su historia y la de los lugares por los que pasan todos los días. A este respecto es partidario de una exposición sobre Regiones Devastadas "pero vista desde la parte de quienes pusieron en pie Teruel después de la guerra", además de hacer "un homenaje porque se lo merecen y la ciudadanía también se merece enterarse de esto".

LOS BATALLONES DISCIPLINARIOS DE TRABAJADORES EN TERUEL

"¡Caminad por la calzada, que las aceras no están hechas para las bestias!"

A Lorenzo Agudo le marcó para toda su vida el paso por un batallón disciplinario en Teruel

F. J. Millán
Teruel



Lorenzo Agudo a finales de la dictadura. La sonrisa que muestra adivina ya la cercana recuperación de la democracia

Humillación, odio, amenazas, sufrimiento y mucho miedo por la suerte que podían correr, tanto ellos como sus familias, además de hambre, algo que al menos era compartido por la gran mayoría de la sociedad española de la posguerra. Así pasaban los días, sumidos en un bucle tormentoso que difuminaba el tiempo, los enviados a los batallones disciplinarios en Teruel que limpiaron la ciudad de escombros e iniciaron su reconstrucción tras la guerra. Pagaron de esa manera la desgracia de haber nacido en un tiempo en el que quienes se consideraban los amos de España no estaban dispuestos a ceder ni un ápice en su avaricia, coaligados con una jerarquía eclesiástica que estaba al lado de los ricos y para la que los pobres debían redimirse a través del trabajo no para la salvación de sus almas sino para su escarnio.

A los ojos de quienes comandaban los batallones disciplinarios, quienes eran enviados a estos campos de trabajos forzados eran "bestias", a las que se perdonaba la vida a cambio de su sometimiento. Ni clemencia cristiana ni redención de los vencedores hacia los vencidos, sino odio hacia quienes se les ocurrió creer que en un país de caciques y caudillos se podía ser libre y tener derechos.

La historia de los batallones disciplinarios del franquismo es la del silencio y el miedo de quienes estuvieron en ellos y vivieron una experiencia que les dejó marcados de por vida, a ellos y a sus familias. Se dejaron la piel en los muchos lugares en los que estuvieron trabajando como *esclavos* de quienes dieron el golpe de Estado de 1936 para pagar unas culpas que no existían. Les trataron como criminales, les humillaron e intentaron reducirlos a bestias, pero la iniquidad de los represores se topó con algo que estos jamás tuvieron, la dignidad de las víctimas que permanece intacta a pesar del silencio y cuyo recuerdo y reconocimiento jamás desaparecerá.

Hicieron obras civiles y limpiaron de escombros lugares como la ciudad de Teruel, que hoy rescata de esa memoria lejana la participación de aquellos seres humanos que fueron castigados sin causa y sometidos como esclavos a manos de auténticas bestias; los victimarios sí que lo eran, no ellos, ya que en los regímenes totalitarios conductas así no son propias de personas, da igual su credo o que se trate de dictaduras de derechas o de izquierdas. No es una cuestión de ideología sino de maldad.

"¡Caminad por la calzada, que las aceras no están hechas para las bestias!", les gritaban. Con esas palabras lo recordaba machaconamente Lorenzo Agudo Casanueva, uno de los jóvenes que tuvo que "servir a la patria" en Teruel de esta forma por haber pasado a zona republicana con su padre cuando se produjo el golpe de Estado. Escaparon así de los fascistas que en su pueblo, la localidad zaragozana de Zuera, se echaron a la calle a matar gente que tenía ideas contrarias a ellos y que defendían sus derechos y la democracia que había traído la República.

Lorenzo Agudo jamás combatió, ni en un bando ni en otro, pero al acabar la guerra tuvo que pagar cuentas a los golpistas, él y su familia por no ser adeptos al régimen. Les robaron así el sueño de justicia social vivido en los años treinta, aun con todos los errores que se pudieran haber cometido durante la República, que no por el sistema democrático en sí mismo sino por la maldad de determinadas personas, para sumergirse en una España que acabó en el oscurantismo y el aislamiento.

Dos consejos de guerra le abrió a Lorenzo Agudo el Tribunal de Responsabilidades Políticas de Zaragoza por auxilio a la rebelión, cuando quienes se alzaron en armas fueron los golpistas y él lo único que hizo siendo todavía un mozalbete fue escapar de la intolerancia de los criminales que se hicieron con el poder y se convirtieron en dueños de todo, empezando por la vida de los demás, con el uso de la fuerza. No es una visión sesgada de la historia, sino de lo que pasó, sin que eso suponga negar la violencia que acabó desatándose en los dos bandos tras un golpe de Estado fracasado que desencadenó la guerra.

Familia

Lorenzo Agudo es mi tío por parte de madre. Falleció hace ya veintiún años y no recuerdo con exactitud el año en que nació, pero durante los años de la guerra le hubiese tocado incorporarse a la mili y no lo hizo. Pasó con su padre, mi abuelo, a zona republicana nada más producirse el golpe de Estado de 1936, si bien no se enroló tampoco en el ejército de la República. Él no era de pelear, sino de luchar trabajando la tierra, de dar vida a los demás con los alimentos que sabía producir a base de sudor desde bien niño.

> "Nos trataban peor que a las mulas", susurraba con la mirada perdida y decía que trabajaban sin descanso como animales

Al terminar la guerra fue enviado a un batallón disciplinario en Teruel, pero siempre guardó un silencio doloroso cada vez que le preguntaba por aquella experiencia, desde mi curiosidad infantil al principio y las ansias de conocimiento cuando me hice mayor. "No molestes a tu tío, de eso no se habla", me recriminaban mi tía y mi madre cada vez que yo sacaba el tema a relucir. Y mi tío Lorenzo, con unos ojos vidriosos que jamás mostraron odio y sí mucho dolor, insistía en recordar que los trataban como bestias.

"No sois personas, sois bestias", contaba que les decían. "Nos trataban peor que a las mulas", susurraba con la mirada perdida. "Trabajar sin descanso, como bestias, que es lo que éramos para ellos", era lo único que contestaba al inquirirle sobre el tipo de trabajos que hacían.

El hambre, las vejaciones, el miedo, las amenazas y toda la barbarie que pudo haber visto con sus ojos por la violencia que ejercían sobre ellos, se mantuvieron vivos en su cabeza pero encerrados bajo un sepulcral silencio; no se le borraron jamás y a la mínima queja infantil de no querer comer o de cualquier capricho, estallaba en un reproche amargo: "¡Valiente hambre canina, tendrías que pasar el hambre y el sufrimiento que nos hizo pasar Franco en Teruel!". Con frecuencia utilizaba otra frase que denotaba el desencanto de las ideologías políticas: "¡A ver si te piensas que en Rusia atan los perros con longaniza!", espetaba.

Cuando hace 31 años me vine a Teruel a trabajar con una beca y después ya me establecí en la ciudad, mi tío no daba crédito. No podía entender que pudiera vivir en lo que para él había sido el "infierno". Irónicamente, para mí Teruel se convirtió en un refugio de paz y oportunidades tras un desencanto profesional y humano después de haber conocido vivencialmente lo que es un conflicto armado civil en Guatemala, de donde acababa de regresar con mi esposa.

En aquel tiempo en Teruel no se quería hablar ni de aquellos batallones disciplinarios ni de la guerra, aunque sería la década en la que comenzaron a hacerse los primeros trabajos historiográficos con rigor sobre lo sucedido en la contienda y la posguerra.

Rescatar la memoria

Intenté por todos los medios rescatar de la cabeza de mi tío esa memoria de la infamia que sufrió para que no muriese con él, pero seguí encontrando esa mirada perdida en esos ojos que se tornaban vidriosos cada vez que le preguntaba por ello, además del cansino reproche de mi tía para que le dejase en paz. "Que no tengáis ninguno que vivir lo que tuvimos que pasar y lo que nos hicieron sufrir", decía, a la vez que se enojaba cuando en los encuentros familiares se hablaba de política y a alguien se le ocurría cuestionar los "vicios" de la democracia. "Que no os falte", nos reprochaba secamente.

Insistí en que viniera a Teruel para poder recorrer juntos los lugares de su memoria. No hubo manera. Incluso cuando con mi tía iban a la playa de vacaciones en los años noventa, bordeaban la ciudad por la variante y nos veíamos en el Milagro. Les pedía que se quedaran a dormir en Teruel para descansar y poder conocer así nuestra casa, pero no lo conseguí. Su decisión de no volver a pisar jamás Teruel era firme, y quién sabe si fue mejor así porque en aquel entonces yo vivía en Cofiero, en el mismo lugar que había sido su infierno porque allí fueron a parar los escombros que acarrearon. El parque de Los Fueros siempre me lo recordará porque allí dejó Lorenzo Agudo parte de su vida y su juventud al completo. Ahora no solo me lo traerá a mí a la memoria sino a todos los turolenses porque se está empezando a poner nombre propio por fin a las muchas personas que reconstruyeron Teruel.